

EMILIO JURADO NAÓN

AGUSTINA PAZ

emecé

Emilio Jurado Naón

Agustina Paz

emecé

La cara del condenado me desveló. Sedienta en lo oscuro abrí los ojos un minuto antes de la aurora envuelta en el cacareo del gallo; sedienta mirando cómo el techo pasaba de gris perla a azul, de azul a rosado, de rosado a blanco. La luz de un cielo sin nubes incandescente en la zona tórrida. Moví los ojos alrededor de la pieza; sentía una aspereza en la lengua que no era producto de la cena de la noche anterior; que no era la típica sed que levanta a la madrugada; que era una sensación que intimaba con, que mucho se parecía a, que casi emanaba de, que era producida por: la cara del condenado. Me había sustraído del sueño, la veía estampada en el cielo raso, en las curvas tornasol al borde del espejo, se me aparecía impresa en los párpados al cerrarlos. Volví a recorrer la habitación con un movimiento de los ojos en redondo: sábanas, edredón, taza vacía junto a la lámpara; consumida,

hedía a cebo. La sombra del jazmín que ya empezaba a ganar nitidez dentro de la pieza insufriblemente monástica. Pero la única manera de evadir un sufrimiento es entregarse a otro. Así, hay que elegir; estar segura al elegir de que se está eligiendo el calvario menos empinado. Con solo descansar los párpados un instante reaparecía: blanca la cara como blanca la cal que cubría las paredes de la casa de mi familia.

Me anudé a las sábanas en un intento de estirar el sueño algunos minutos más. Pero tenía la lengua pastosa, la garganta ardía al tragar. Apreté los párpados; quería volver a la escena que había estado soñando hasta que me despertaron el cacareo, la boca sedienta, la paulatina prolongación de las sombras. ¿Dónde estaba? Era la salida de misa, un domingo; música familiar de campanas; mi mano envuelta por la mano de mamá, pegajosa de transpiración. Tres varones de la misma edad que yo se empujaban junto a las escalinatas. Uno era brutal, otro enfermizo. La risa del tercero sonaba cristalina. Apretando un tirón más el nudo de las sábanas hice el in-

tento de reproducir ese sonido tal cual lo había sentido durante el sueño. Pero el cloqueo bajo la ventana, los aleteos, la sed abriéndose desde el centro del abdomen me desconcentraban. Su piel parecía suave; en especial, sobre la boca, donde la recubría una pelusa rubia, casi traslúcida, solo perceptible gracias a la luz oblicua del sol que se ponía detrás de los durazneros. Una piel de bebé en la cara de un adulto. De repente ya no había ni risas de cristal ni piel de durazno; las campanadas eran eclipsadas por el retumbo de un disparo. Humo de pólvora tapaba el cielo. El estruendo crujió multiplicado por el valle. Fin del sueño. Ojos abiertos. La sed: ásperas papilas gustativas, saliva seca en el reborde de los labios, aguijonazos a lo largo del esófago.

De vuelta, indeleble, la cara del condenado impresa en el techo. Me puse a reconstruir esos rasgos que había visto pasar raudos frente a mí la mañana anterior en la plaza. Una pálida cara más en el conjunto revuelto de reos que transportaba la carreta de la gobernación. Atravesó la plaza en estampida con dirección al cuartel en las afueras, del otro lado de la ciudad, frustrando el entusiasmo del gentío que se congregaba al en-

terarse de que un hato de escuálidos invasores había sido capturado en el arroyo. Pero la ilusión de un fusilamiento ejemplar en el ágora pública se disgregó enseguida; desgarrada, la multitud volvió a sus asuntos, aunque mucho se hablaba de una posible marcha por la tarde hasta el cuartel a exigir el ajusticiamiento público que las autoridades, a entendimiento del pueblo, adeudaban. Todos queríamos ver, sí. Yo también, como todos, quería testimoniar un escarmiento, cómo no; pero más aún incluso deploraba las ganas de ver de vuelta, de ver mejor, la cara de ese condenado a muerte que creí reconocer en el tumulto grisáceo de presos cuyos rasgos se licuaban dentro de la nube terrosa que dejaba la carreta a su paso.

Con las piernas colgando de la cama, sin ánimos de levantarme, hice un esbozo imaginario. Pestañas largas como de muñeca, bajas. Bajas como persianas. Sus ojos ocultos como uñas recién pulidas. El iris de sus ojos cobrizo; cobrizo como... Hasta ahí las comparaciones. Me enervaban. Comparar es señal de pereza además de un hábito que obtura la inteligencia sobre las cosas del mundo. Costumbre perniciosa, a veces

inmotivada, que justamente por surgir de manera automática amerita el esfuerzo de aniquilarlas. Las comparaciones engañan la imaginación aunque aleguen asistirle; mientras más rica la comparación, mientras más original, más lejos se descarría la comprensión de los asuntos. Por eso lo mejor es apuntar a una descripción neta: son blancas las paredes de la cocina en la casa de mi familia; hay una colección de recortes de diario clavados sobre ellas; en los recortes, retratados, hacen sus muecas los hombres provectos.

Echada todavía, envuelta en el edredón, con la punta de los pies rozando el suelo, hice el intento de reconstruir los rasgos del condenado sin acudir a comparaciones. Los pájaros de la ciudad habían despertado también, en número creciente. Acompañaban al principio el cacareo del gallo; luego, se superponían a la habladuría solitaria, luego la interrumpían, la tapaban por momentos, contradecían, empezaban a superarla, hasta aplastarla: terminó por imponerse el conglomerado de trinos heteróclitos —armoniosos a su manera, en su desconcierto— al monólogo que en la madrugada había sabido tener su mejor momento.

La cara del condenado a muerte; sus pestañas posadas casi por completo sobre las mejillas, detrás de las que apenas asomaban, de los ojos, cuñas finas, curvas. Cada tanto, el fulgor sereno de una mirada cobriza... Fulgor: la mirada en tanto fuego que anima, vela que ilumina. Cobrizo: propio del cobre. Yo abominaba también tanto de la adjetivación como de las metáforas que parasitan casi cualquier palabra del idioma. Pero no hay cómo si no existe con qué. De algún requecho tenía una que agarrarse si quería contar, contarse, disuadir el insomnio; en fin: no aburrirse.

Porque en definitiva si confiase yo en el lenguaje figurado, no me habría sido muy difícil ver cifrada, en el semblante de aquel condenado a muerte, la gloria de la Confederación. Más aún: si yo hubiese sido adepta al mal gusto, al negro humor, a la irreverencia, hubiera interpretado en el fusilamiento próximo del gusano, en el estallido de pólvora que habría de preceder el vuelo del proyectil, fuegos de colores semejantes a los que explotan en las fiestas patrias para solaz de los coterráneos. Incluso me habría sentido con-

tenta de ello. Contenta de traducir la cara lapidaria del condenado a muerte en símbolo feliz del fin de nuestras guerras intestinas. Pero no nos considerábamos devotos de tales salvajismos (la metáfora es un salvajismo); no en Tucumán al menos, no en mi familia, donde todo (como solía susurrarme tatita ante cualquier exabrupto politiquero de sus amigos), todo quedaba, se resolvía, a fin de cuentas, en familia. Porque el condenado a muerte era, en cierto sentido, también, familia. No sucedía así, claro, en otras provincias; valdría tan solo recordar los castigos de Ibarra para corregir tal perspicacia.

Contrarios a la metáfora, los castigos de Ibarra eran el ejercicio violento de la literalidad. Quedaba para los intelectuales, las bestias, el sentido figurado; «que se den contra los cardos», decía el caudillo de Santiago del Estero. Era literal cuando lo decía. En Santiago abundan los cardos, con espinas de amplia variedad. Pero una cosa era apurar a golpes de fusta al peón ladino sobre el cardal por diversión (solía contar en casa la anécdota mordiéndose el labio), otra cosa muy distinta era hacer lo que hizo Ibarra

con el inmundo que reclamó para sí después de la escaramuza fallida en el arroyo Famaillá.

Me destapé, puse los dos pies sobre el suelo al mismo tiempo. La presencia del día resultaba incontestable; la sed, además, parecía haber trascendido la lengua, se había expandido a través de la garganta hacia todos los recovecos interiores del cuerpo. Hasta la punta de los dedos me crujía de sequedad. Recordé que la noche anterior había sido cuando el tata me relatara, con intención pedagógica, la tortura que Ibarra aplicó al inmundo capturado en Famaillá.

Si bien solía ocultar de mí las noticias de los escarmientos inéditos de su correligionario, cuando se enteró de este reciente episodio tata me llamó de inmediato al salón. Me enteré entonces en qué consistía la tortura del «cuero nuevo» que sabía aplicar el caudillo en los dominios colindantes. Entre nubes de humo, terciadas por tragos de vino dulce, mi tata me habló durante una hora del estilo económico de Ibarra. Dijo que era apenas usar el cuero de una vaca recién degollada, zurcir los huesos de las patas, en-

volver con él al asqueroso en cuestión, coserlo, clausurar el saco, abandonarlo al sol bajo la canícula santiagueña.

Luego de la explicación lanzó pensativo unos aros de humo que se deshicieron contra el lomo de los libros de la biblioteca. Pesqué cómo miraba de reojo mi reacción (de ahí que supusiera yo un instinto adoctrinador en esa fábula que me relataba antes de que me fuera para la cama). Siguió contándome que, según el estilo de Ibarra, el cuero fresco pronto empieza a contraerse sobre la figura, de a poco, mientras el reo va quedándose sin aire, mientras el vaho del pellejo empeora con el calor, se envicia, la sed le pincha la garganta, el inmundo salvaje grita, se queda afónico, trata de zafarse, las muñecas le sangran al igual que los tobillos por el roce de las ataduras, el sudor brota a borbotones pero en seguida se evapora, permanece dando vueltas dentro de la bolsa, una piel se adhiere a la otra, el «cuero nuevo» se comprime, se ciñe, le calza a medida.

Afuera, una brisa peina la pelambre bovina del bulto, que se ve ovalado pero con unas aristas sobresaliendo puntiagudas: un codo, una ro-

dilla, la cabeza. Desde hace horas sobrevuelan los chimangos.

Fue con la escaramuza fallida del arroyo Famaillá que habían venido, además del santiaqueño rebelde que Ibarra vino a buscar para medirle el saco de vuelta en su provincia, los tres tucumanos condenados a muerte, de quienes se habría de encargarse Heredia, nuestro gobernador. Entre los tres condenados tucumanos estaba el mío. Mi condenado a muerte. Blanqueadas a la cal eran las paredes de la cocina a donde fui a parar, medio sonámbula, ensordecida por el trino de los pájaros del jardín, pocos minutos después de levantarme.